

**CICLO “DESDE LA MEMORIA”: “HISTORIA,  
MEDICINA Y CIENCIA EN TORNO A LOS VIAJES”  
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, MADRID, 25 DE  
MARZO, 2009**

Buenas tardes y muchas gracias a los organizadores por invitarme a participar en un ciclo con este título.

Memoria, Historia, Medicina y Viaje son palabras fuertes, muy cargadas. Además, mi presentación lleva por lema “Experiencia, literatura y salud”. Otras tres palabras de abrigo.

García Márquez sostiene que un relato se puede comenzar por cualquier sitio menos por el principio. Comenzaré el mío de hoy en marzo de 1987 cuando, tras cuatro años de trabajar en Andalucía, regresé con mi mujer y mis hijos a Madrid para ocuparme de las relaciones internacionales del Ministerio de Sanidad y Consumo.

Una semana después hice mi primer viaje oficial para asistir a la reunión de la comisión mixta de cooperación hispano-mauritana en Nouakchott.

Yo tenía treinta y nueve años y nunca antes había pisado África. Mauritania sufría el quinto año de una espantosa sequía que azotaba todo el Sahel. A cambio de permitir que los pesqueros españoles siguieran faenando en sus caladeros las autoridades mauritanas pedían ayuda. Yo era nuevo en esto. Como país, éramos bastante nuevos en esto.

Mi contraparte era la Secretaria General del Ministerio de Salud mauritano. La tarde de nuestra llegada me llevó a visitar el hospital general, un edificio de cemento visto construido por los franceses a finales de los años sesenta cuando la ciudad tenía unos cuarenta mil habitantes, nueve veces menos que entonces.

Entramos por el servicio de urgencia. Allí, tirados sobre esteras en el suelo vi por vez primera niños moribundos por desnutrición, parturientas con grandes desgarros perineales, adultos cegados por el tracoma, ancianos con lepra mutilante, jóvenes con graves deformidades poliomiélicas. Me sentí rodeado de plagas bíblicas. Olí a humanidad hacinada y doliente.

Recorrimos luego varios servicios del centro: de la ginecología se ocupaban médicos checos, el laboratorio estaba en manos de cooperantes franceses, la radiología de la cooperación italiana, de la pediatría se ocupaban los holandeses, de la medicina interna médicos chinos, la mayoría de las enfermeras eran religiosas españolas.

Miré mucho y hablé poco salvo, quizá, con las enfermeras españolas. Mi contraparte habló todavía menos. Me iba llevando, me dejaba ver. Cuando salimos, y

a modo de resumen, dijo: - Tenemos muy pocos médicos y en cuanto pueden se marchan - Lo dijo en un tono neutro, como quien constata un hecho, sin ningún matiz de reproche.

La mañana siguiente vino a recogerme al hotel.

- Me gustaría enseñarle algo – dijo. Subimos en su coche y salimos de la ciudad. El asfalto dejó enseguida paso a la arena. Nos detuvimos veinte minutos después, en un paraje vacío, al pie de unas dunas. Nos bajamos, dejamos al chofer en el vehículo y cruzamos al otro lado.

- Mire – dijo - Miré. Cubiertos parcialmente con lonas grises atadas con gruesos cabos, vi dos enormes contenedores móviles de carga, como los que había visto muchas veces antes en las carreteras europeas.

- Un hospital de campaña - dijo, haciendo un gesto con el brazo - Nuevo y equipado. Nos lo acaba de donar el gobierno italiano – Y, volviéndose hacia mí, exclamó: - Un hospital de campaña de un ejército de la OTAN. Caro. Sofisticado. No sabemos manejarlo. No tenemos técnicos. Aunque los tuviéramos, no tendríamos repuestos. Y aunque los consiguiéramos no podríamos hacer el mantenimiento.

Volvimos al coche. Una ráfaga de viento me llenó los ojos y la boca de arena. Ella siguió hablando: - De momento lo hemos puesto aquí, a resguardo de vistas. Pero no puede garantizar que esté vigilado todo el tiempo. No hay suficiente personal. Llegó hace un mes. Dentro de tres probablemente no quedará nada.

Luego se giró, y mientras yo trataba de sacarme la arena de los ojos, dijo: - Por favor, no nos hagan ustedes esto.

Esa tarde, concluida la primera sesión de la comisión mixta, dimos un paseo por el puerto. Vimos gente viviendo en los contenedores abandonados de los barcos de carga.

- Durante el día - explicó el primer secretario de la embajada - ahí dentro puede haber más de cincuenta grados y por la noche cae hasta los diez o doce.

Vimos unas cuantas cabras masticando envases de plástico y latas de refrescos - Dicen que también se comen los envases de vidrio - comentó el primer secretario - Pero yo no lo he visto.

Un ciego con chilaba blanca caminaba apoyándose en el hombro de un niño. En a otra mano llevaba un largo cayado. Cuando paso junto a nosotros hizo sonar dos campanillas. El primer secretario nos contó que el año anterior, el gobierno de Mauritania había abolido

oficialmente la esclavitud. Y luego añadió: - Fue por la sequía: los amos árabes ya no podían seguir alimentando a sus esclavos negros. Por eso los liberaron.

En la sesión del día siguiente propuse financiar el equipamiento y el personal de un centro de salud materno-infantil en uno de los barrios pobres de Nouakchott. La Secretaria General asintió con la cabeza desde la segunda fila.

Esa noche, los mauritanos nos ofrecieron la cena de despedida en una *jaima* levantada en las afueras de la ciudad. Sobre una mesa enorme había un cordero asado, del que nos servíamos arrancando porciones con la mano. Alrededor, un variado surtido de guarniciones en platillos pequeños. Para beber: agua, té y zumo de naranja. Nada de alcohol, por supuesto.

Al cabo de un rato salimos a estirar las piernas. Las estrellas estaban muy altas y brillaban como yo nunca las había visto brillar antes. Soplaban una suave brisa, seca y cálida, que venía del este.

- Mi primera noche en el desierto - comenté en voz alta. Y tras un breve suspiro, añadí: - No la imaginaba tan hermosa.

- Ten cuidado - me respondió el primer secretario - A algunos el desierto los atrapa y ya no pueden librarse de él.

Di dos pasos hacia la oscuridad y algo crujió bajo mi zapato. Me agaché y lo cogí. Era una langosta muerta. Me fijé que había algunas más, no todas muertas.

- Son la avanzadilla - dijo el primer secretario - Mañana llegarán más. Y pasado mañana, muchas más.

Para el final de la semana estaremos invadidos. No hay como pararlas.

Y me explicó que desde hacía semanas, la plaga, originada en algún lugar entre Egipto y Sudán, avanzaba por el Sahel, de este a oeste de forma incontenible.

Durante los siguientes cuatro años viajé por Europa, África y América. Asistí a reunión tras reunión. Visité la Guinea Ecuatorial anterior al boom petrolero, la Argelia que ya incubaba al FIS, la Nicaragua del primer sandinismo y de su derrota electoral, la Costa Rica de Arias, el Panamá de poco antes de la invasión norteamericana, la Colombia que García Márquez describe en “Crónica de un Secuestro”, la Guatemala de Vinicio Cerezo y de Serrano Elías.

Hice amigos, tomé fotos, tomé notas. Aprendí que no es lo mismo ser pobre en un país rico que pobre en un país

pobre. Que el tiempo ni se cuenta ni discurre igual en una aldea del Petén que en la ciudad de Guatemala. Que la vida no vale lo mismo según donde se nazca, el idioma que se hable o cuál sea el color de la piel. Que los conceptos de salud y enfermedad son distintos según las culturas. Todo esto ahora me parece muy obvio pero entonces no la sabía. O lo sabía de un modo exclusivamente intelectual, casi libresco.

En uno de esos viajes, visité la Escuela de Salud Pública de la Universidad de San Marcos de Guatemala. Desde el Ministerio y la embajada habíamos apoyado varios proyectos de salud con ellos. El más notable era la formación de promotores rurales de salud. Gente joven y comprometida de zonas campesinas era capacitada durante siete meses para que pudieran luego desempeñar en sus aldeas tareas de saneamiento rural, vacunación, tratamiento de diarreas infantiles y alguna que otra atención

de salud elemental. Todo ello a cambio de una remuneración mínima que no siempre cobraban.

El programa tenía tres años de vida y mi visita formaba parte de la primera evaluación. El director de la Escuela era un especialista en salud pública, doctorado en sanidad ambiental por la Universidad de Ohio. Alto, como de unos cuarenta años, de ademanes parsimoniosos y mirada triste. Me recibió en el porche y me saludó con afecto.

- Hacía tiempo que lo esperábamos doctor – dijo –  
Qué bueno que por fin pudo venir.

Entramos. En una de las paredes del vestíbulo había un tablón de anuncios repleto de pasquines y avisos, una vitrina con trofeos deportivos y una placa de cerámica con una lista de nombres grabados. Muchos tenían una cruz al lado.

- ¿Y eso? – pregunté.

- Nuestros egresados de las tres primeras promociones del programa de promotores rurales – respondió el director - Dos terceras partes de ellos han sido asesinados.

A solas en su despacho me explicó que en Guatemala, además de la guerrilla y el Ejército, operaban no menos de nueve ejércitos privados, algunos por cuenta de los cafetaleros, los propietarios del banano, o los cultivadores de flores.

- Los promotores son vistos como agitadores sociales - me explicó – En muchas zonas, expropiar terrenos para hacer un vertedero se equipara a comunismo. Y explicar que en las plantaciones deben proporcionarse agua, letrinas y descanso periódico a los trabajadores suena a

agitación sindical. Y, al final, siempre queda que aparezca el Ejército y organice una operación de castigo.

Con gesto apesadumbrado me explicó que, dadas las circunstancias, habían pensado proponernos suspender el programa y plantearnos dedicar los fondos de la cooperación española a otra cosa.

Me acompañó a la salida. Le dije que no sabía cuándo podría volver, que ni siquiera sabía si alguna vez volvería. Me estrechó la mano. - No nos olvide – me dijo – Hablé de nosotros cuando llegue a allá.

Mis recuerdos de esa época son que durante el día atendía los compromisos oficiales y me movía según los usos y reglas del mundo oficial. Y por las noches y durante alguna media jornada anterior o posterior a las reuniones, me las arreglaba para conversar con el personal subalterno de la embajada, con españoles que vivían en el país, con

profesionales o periodistas locales. Y con cuanto taxista, camarero, recepcionista de hotel o dependiente de comercio se me ponía a tiro.

Decir que uno es médico, escuchar las opiniones de la gente sobre el suministro de agua, el riesgo de contraer paludismo o dengue; sobre las condiciones de los hospitales públicos o las vacunas, sobre cuánto cuesta y quién paga la asistencia, permite comprender no solo como funciona la sanidad sino, también, mucho de lo que pasa en un país, y sobre quiénes lo gobiernan y cómo.

Yo escribía desde los 17 o 18 años. Básicamente poesía. En general, mala. Trataba de expresar las perplejidades propias de la edad y los anhelos del momento social y político. Pero me faltaban capacidades y lecturas. Y, sobre todo, experiencia. “Experimentar es viajar” leo en el Diccionario de los Sentimientos de Marina y López Penas. Los autores añaden: “La palabra

experimentar procede de la raíz latina “per” que significa viajar. Así que sentir y experimentar son dos formas de viajar”. Nunca lo hubiera sospechado pero ahora que lo pienso, y pienso sobre mi propia historia, la sentimental y la de viajes, lo veo más claro.

En 1972 y 1973 fui padre. Seguía escribiendo pero las obligaciones familiares y profesionales y la militancia política consumían casi todas mis energías y no progresaba.

Durante esos cuatro años de viajes dejé la poesía y empecé con los relatos. Escribí unas dos docenas basados en lo que veía y vivía, o en lo que decían haber visto o vivido quienes me los contaban. Muchos no los terminaba. El primero que terminé versaba sobre una bruja gallega y me lo contó mi secretaria de entonces que era de Cambados y hablaba el castellano con melodía de gaita.

En 1991 cambiaron el Gobierno, el Ministro y mi destino administrativo. Dejé de viajar por América y África y empecé a viajar más por Europa. Y no solo por trabajo. También de turismo con mi familia. Acaso buscábamos en esos viajes lo que no estaba en ellos sino en el inicio de un desamor al que no sabíamos poner nombre ni rostros. En su prólogo a “El infinito Viajar”, Magris lo explica mejor: “Atravesando el mundo – viajando en el mundo- (el sujeto) descubre su propia verdad que al principio está tan solo latente en él, y que traduce en realidad a través de la confrontación con el mundo”.

Ese verano, en una playa de Vera, terminé un relato basado en una historia verídica que los médicos del servicio de urgencias del antiguo hospital de la seguridad social me contaron ocho años atrás cuando llegué a Almería como director provincial del INSALUD. Era un relato de corte realista, duro y de final desgarrado, y nada

más terminarlo supe que era el primer relato bueno que terminaba.

Durante los siguientes dos años escribí diez o doce más, de los que otros dos o tres también me parecieron buenos. Recuerdo que por entonces leía mucho a Poe, a Borges, a Roal Dahl y Marcel Schowb. En 1994 recibí una oferta para trabajar como consultor temporal en la OPS-OMS y me fui a Washington con la idea de quedarme uno o dos años. Me quedé casi ocho. En ese tiempo, me divorcié, me enamoré, volví a casarme, y recorrí el continente americano del Canadá a la Patagonia. Y seguí escribiendo.

Un proverbio chino dice que un hombre es el que parte y otro el que regresa... si es que regresa (ya se sabe que en las culturas tradicionales las mujeres apenas viajan). Yo había regresado. Me costó algún tiempo averiguar a dónde.

*“El viaje siempre recomienza”* sostiene Magris. Muchos de los países y ciudades que recorrí esos ocho años eran los mismos que había visitado en la década anterior. Había menos guerras pero la mayor parte de los problemas que las habían originado (pobreza, marginación, ausencia de democracia efectiva, corrupción, populismo caudillista) persistían.

Solo que yo no era el mismo. Habían cambiado mi situación personal, mi ubicación geográfica y mis obligaciones profesionales. Yo era un emigrante. De lujo y con las espaldas bien cubiertas. Pero emigrante al fin y al cabo. Había cambiado mi punto de vista.

En la literatura, como en la vida, casi todo depende del punto de vista. Raymond Carver lo expresó así: *“Primero es la mirada”* dijo *“Luego esa mirada ilumina un instante susceptible de ser narrado. Y de ahí se derivan las*

*consecuencias y significados*”. De las acciones de los otros y, también, de las de uno.

Permítanme una pequeña digresión. Como es sabido, la memoria humana no es un mero almacén de recuerdos. Es un proceso dinámico, cuya base es una malla cambiante de millones de sinapsis neuronales, y por tanto se halla en permanente construcción. Y el Yo que somos (o creemos ser), el Yo con el que en cada momento nos identificamos y desde el cual hablamos – este Yo desde el que ahora les hablo - resulta ser también el relato - fragmentario, contradictorio, inconcluso - de nosotros mismos más algo más: esa fina capa que lo envuelve, la frágil autoconciencia de ese mismo relato (lo que los anglosajones llaman el *self*). Relato en permanente construcción y autoconciencia de ese relato y de esa construcción que se ven determinados por el “punto de vista”. Un punto de vista que brota de la zona de las pulsiones básicas (de algún lugar entre la amígdala

cerebral y el hipocampo) y se convierte en algo consciente solo cuando llega a la corteza cerebral y esta lo elabora.

Si yo tuviera que resumir mi punto de vista básico en aquellos ocho años, sobre todo durante los dos primeros, echaría mano de un verso de la Anábasis de Saint-John Perse, por años uno de mis poetas de cabecera: “*Étranger, qui passait...*”. Así me sentía. Pero... ¿acaso es otra la condición humana?

Durante esos años viajé mucho. Viajé más de la mitad del tiempo. De nuevo recurro a Magris: “En el viaje, desconocidos entre gente desconocida, aprendemos en sentido fuerte a ser Nadie, comprendemos que somos Nadie”. Y, con frase tomada de El Quijote, concluye: “Aquí sé quién soy yo”.

Aquella vida viajera, aquél vivir globalizado y distanciado de mi país, mis amigos, mi familia y mi casa,

ahondó mi sensación de extrañamiento respecto a mi vida anterior, me obligó a adquirir nuevas destrezas y habilidades, subvirtió buena parte de mis opiniones y de mis anclajes emocionales previos. Me obligó a re-sentirme y a re-pensarme.

Seguí con los cuentos y volví a la poesía. En las noches de hotel. En los aeropuertos. En los tiempos muertos de las reuniones. En la soledad de mi apartamento. En los largos paseos de fin de semana por la Smithsonian Institution. Escribía sin parar. Mucho era autobiográfico. “Moverse es vivir, decirse es sobrevivir” escribió Pessoa. Yo al principio sobrevivía. Luego, poco a poco, fui escribiendo sobre lo que vivía y en gran medida re-visitaba, es decir, re-vivía.

En eso llegó el amor y cambió el relato y los relatos. El mío propio y los ajenos. Porque el amor, si es de verdad, lo reformula todo.

Volví a España a mediados de 2002 con dos libros de poesía, cuatro de relatos y una novela casi terminada.

Pero, más importante, con la sensación de estar cerrando no uno dos ciclos: el corto de desamor y exilio, y otro más largo iniciado años atrás durante la crisis del tránsito de la adolescencia a la vida adulta, lo que Conrad llamó “la línea de sombra”.

En 2003 publiqué “Dicen que recordar” espigando los tres relatos que me parecieron mejores de esos cuatro libros. Siguiéron dos libros de poesía. Y, en noviembre pasado, un segundo de relatos titulado “Circunstancias personales” que no es un libro de viajes por el espacio y por el extranjero sino por España y sus últimos sesenta años.

El viaje como metáfora de la vida. Volver para seguir viajando. Por ejemplo, de nuevo a Estados Unidos donde la

colega que ocupó el puesto que yo había dejado me contó la muerte de su marido ocurrida apenas dos días antes. Yo la escribí en el hotel esa misma noche y se la entregué al día siguiente, “Para que la leas en casa” le dije. Por la mañana me vino a buscar, me estampó dos besos y me dio las gracias. “¿Y esto por qué?” le pregunté. “Porque leyendo tu cuento, por fin he podido llorar” respondió. Dudo que me puedan hacer un mayor elogio de algo que haya escrito o esté por escribir.

Por ejemplo, a Marrakech y a su plaza de la Destrucción, de la mano a un tiempo de mi mujer y de Canetti. O a Estambul, que no es una ciudad sino miles y miles de ideas distintas de ciudad flotando sobre ese laberinto de paisajes, historias y mitos que se concentra a las orillas del Bósforo, entre el Mar Negro y el de Mármara. O a la India, solo y decidido a perderme, para acabar encontrando en Varanasi a Alvaro Enterría y escuchar de

sus labios como y por qué y cómo se quedó a vivir a las orillas del Ganges.

Y, también, más viajes de trabajo, algunos tan delirantes como el que nos llevó por siete países – de Australia a Libia – en solo diez días, haciéndonos “pisar” cinco ciudades y tres países en un solo día.

O aquél otro en que visitamos Kigali y concluida la parte oficial del viaje, nos llevaron a visitar el memorial del genocidio, y la señora que nos sirvió de guía nos contó que su madre había sido una de las primeras víctimas de aquella orgía de sangre.

El memorial era un edificio de techo bajo y de una sola planta en cuyo interior había una serie de salas con paneles donde se había reconstruido de forma cronológica, día a día, hora a hora, minuto a minuto casi, el genocidio. Desde sus orígenes hasta su terminación, incluidos los

juicios y autoinculpaciones que siguieron. Había una breve historia desde la colonización a la independencia. Los acontecimientos políticos que precedieron al estallido. Fotos, recortes de prensa, mapas, transcripciones de las emisiones de radio desde donde se lanzaban las consignas, los machetes empleados, efectos personales de las víctimas, unos cuantos videos. Un panel explicaba la llegada, al comienzo de la masacre, de 2.000 paracaidistas franceses para proteger la evacuación de los europeos y su partida tan pronto ésta se hubo completado. El lenguaje estaba cuidado pero el resentimiento por la inacción de la comunidad internacional para parar la tragedia en sus inicios era evidente.

Había un grupo de jóvenes norteamericanos en el museo, chicas y chicos de veintipocos años, algunos de origen hispano, grandes, bien alimentados, con las camisetas y las insignias de la USAID. De pronto uno de ellos comenzó a hipar, dio varios gritos, rompió a llorar y se

derrumbó como un fardo. Tres empleados del museo se personaron de inmediato, le incorporaron y con palabras suaves y gestos cariñosos le ayudaron a salir.

Nos sorprendió la rapidez y la pericia de los vigilantes para hacerse cargo de la situación. “Están entrenados para esto” nos explicó la guía “Todos los días tenemos casos así. Y peores” añadió “Hay personas que vienen aquí buscando fotos y recuerdos de su padres, madres y hermanos muertos”

Salimos sobrecogidos. Mientras meditaba sobre las similitudes y diferencias con el memorial del genocidio nazi contra los judíos que había visto inaugurar en Washington diez años atrás, un grupo de adolescentes uniformados se cruzó con nosotros. “Alumnos de secundaria” dijo la guía “La visita es obligatoria. Estamos por el perdón. Pero no queremos que se olvide”. Nos llevó luego a una terraza en la ladera de la colina desde donde se divisaba el centro de

la ciudad. El suelo era de grava y en los laterales había una hilera de losetas de piedra gris. Unas pocas tenían nombres grabados.

“Se calcula que en esta colina, bajo el suelo que pisamos, hay unos treinta mil cuerpos, la mayoría sin identificar” nos explicó. Y luego con la mirada perdida en algún punto del horizonte, añadió: “Hay unos cien memoriales como éste en todo el país, aunque este es el más grande”

Antes de partir hacia el aeropuerto comimos frente al jardín y la piscina del hotel Ruanda. Ya en el coche miré a los transeúntes por última vez y confirmé mi impresión del primer momento: caminaban despacio, hablaban en voz baja y ninguno reía.

Cada viaje tiene su ritmo y su literatura. Los sucesivos viajes a Tailandia, Birmania y Laos me reconciliaron con

Somerset Maughan, un autor que siempre vuelve y nunca pasa por su mejor momento, y me enfrentaron con tres de los grandes ríos de Asia: el Chao Praya de Conrad, el Irrawady de Amitav Ghosh, el Mekong de los exploradores franceses y del Apocalipsis de la guerra de Vietnam. Viajar es traspasar fronteras, vivir es dejarse llevar. Sobre todo en Asia, donde las multitudes prevalecen casi siempre sobre el individuo. Ríos caudalosos, epopeyas de civilizaciones, mareas humanas que nos envuelven y arrastran. Toda una cura de humildad para el europeo individualista y orgulloso de sus derechos.

Ritmos y literaturas muy distintos a los de mi último viaje a Estados Unidos, a Massachussets, empezando por Salem donde entonces vivían mi hijo y mi nuera. Salem, la cuna de Nathaniel Hawthorne, donde se puede visitar el pequeño cementerio donde reposan los restos de los fundadores, entre ellos un tal John Smith que llegó en el Myflower, y por el que el joven Hawthorne estuvo diez años

saliendo a pasear solo y de noche mientras se pasaba el día encerrado en su cuarto escribiendo.

Y no lejos de allí, también se visita el despacho que, años después, su familia logró que ocupara en el edificio de ladrillo rojo de la aduana del puerto desde cuyos ventanales de guillotina supervisaba el trasiego de las mercancías en el muelle, con el libro de asientos abierto por la última página que rellenó, y un poco más a la izquierda, por sobre las copas de los árboles, los irregulares tejados de la Casa de las Siete Chimeneas, convertida ahora en inevitable atracción turística.

Salem. De donde Hawthorne tuvo que emigrar tras publicar “La letra escarlata” para irse a vivir al otro extremo del estado, a un pequeño pueblo industrial de las Berkshires, llamado Pittsfield, al que mi mujer y yo llegamos en el verano de 2005, no sin antes detenernos en Amherst para visitar la casa de Emily Dickinson. Una casa

que es ahora museo y sede de una fundación cultural, y donde el espíritu de la Dama de Blanco, que sin moverse de allí y casi en secreto construyó uno de los dos pilares en que se asienta la moderna poesía norteamericana, parece dispuesto a salir a saludar en cualquier momento.

Pero Pittsfield no es solo famoso porque allí se retirara Hawthorne sino porque hasta allí, buscando su apoyo y una amistad que nunca consiguió del todo, le siguió otro escritor mucho menos conocido y de menores posibilidades, navegante de balleneros en su juventud, contador de cuentos para niños, impenitente lector de la Biblia, teósofo y desequilibrado, llamado Hermann Melville.

“A veces los lugares hablan” dice Magris. Y debe ser así. Porque sentado en el porche de su casa de Pittsfield, frente al perfil granítico del Monte Greylock, Melville tomó la pluma, cerró los ojos, se dejó envolver una vez más por la música, a ratos mítica y a ratos profética, con que muchas

noches les contaba historias de los mares del sur a los hijos de Hawthorne, y escribió: “Llamadme Ismael...”.

Así comienza una epopeya de mar y de viajes, de ambición y locura, de memoria y de sueños que, por ello mismo, es, como la Odisea, como el Quijote, mucho más que una mera parábola de la existencia humana.

Al regresar de ese viaje me puse a armar un libro de poemas que se titula “Los poemas de Massachussets” y que verá la luz este otoño. Entre ellos hay uno titulado “Arrowheaded” que es un homenaje a Melville, a Moby Dick y a lo Moby Dick representa. Dice:

Llamadme como queráis,  
yo sé bien lo que he hecho.  
Mañana puede que lo olvide pero hoy lo sé bien.

Sabedlo, pues, también vosotros: duele.

No la tentación o la fragancia  
sino el hueso mismo,  
algo más que estar al cuidado de ancianas,  
de las crepitantes manos de unas ancianas  
que jamás lo sabrán.

Duele saber que se sabe,  
que los otros saben que sabes  
y fingen no saber  
sabiendo que sabes que fingen,  
que sabes que ellos saben  
que tu sabes  
y pese a todo fingen,

otra muestra de nuestra más completa  
y absoluta imposibilidad.

Nubes hacia la pradera.

Niebla sobre el monte Greylock.

Sobre las copas de los robles

el mar con quien siempre sueño,

y esa viva,

blanca,

inaccesible materia

cuya ausencia está plena de significado.

Llamadme como queráis.

Llamadme.

Muchas Gracias.